

**PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL RVMO. PADRE ABAD PRIMADO EN EL ACTO
DE CLAUSURA DEL ENCUENTRO MONÁSTICO LATINO-AMERICANO,
EL 29 de JULIO de 1972**

El Cardenal Newman escribió en cierta oportunidad que es una tentación pensar que se es santo y que se ha llegado a la perfección de la santidad. Nos es suficiente padecer un ligero dolor de cabeza para darnos cuenta que toda esa santidad puede desaparecer y que ser un santo no es tan fácil. Hemos discutido mucho, hemos hablado mucho, en el transcurso de esta semana, sobre la necesidad de la alegría, y ahora nos sentimos realmente cansados; qué difícil es alcanzar la plenitud de la alegría! Nuestros cuerpos sienten el cansancio, pero espero que nuestras almas, a pesar de la fatiga, tomen la actitud de alegría que conviene a este momento y aún cuando tal vez en nuestro canto, en nuestra homilía, en nuestra manera de celebrar hoy la liturgia, haya deficiencias, podremos decirnos que en realidad no lo es por culpa nuestra: no debemos ser perfeccionistas. Al término de cada reunión o de cada sesión como las que hemos tenido aquí, creo que todos tienen de alguna manera la impresión de que no viven en la realidad: jamás llegamos a formular conclusiones claras. He tenido la oportunidad de asistir a muchas reuniones de benedictinos y de benedictinas, y al terminar siempre nos decimos lo mismo: a nosotros, los benedictinos, nos resulta casi imposible arribar a conclusiones. Con mucha mayor razón, se manifiesta esta dificultad en especial cuando los participantes son abades. Nuestro pluralismo se os ha hecho patente hoy con gran claridad. Os presenta problemas como nos los presenta a nosotros. Pero creo que esto nos es necesario: nos obliga a ser muy humildes y a considerar que esta debilidad es nuestra fuerza. Esta debilidad nos favorece? esta debilidad representa una ventaja para nosotros; demuestra que nos es imposible a nosotros, los benedictinos y a vosotras las benedictinas, meternos, por decirlo así, en cajas prefabricadas. Siempre nos resulta difícil aceptar que entre nosotros el pluralismo sea tan grande que prácticamente nos sea imposible llegar a la conclusión única aceptable para todos. Sin embargo, sentimos que es lindo estar reunidos y tener algo que discutir en común. Y aún cuando no lleguemos, a ponernos de acuerdo, nos sentimos hermanos. Aún cuando las conclusiones de nuestras reuniones no sean muy claras y no podamos volver a casa y decir a la comunidad: "Aquí están las grandes decisiones que hemos tomado", estoy seguro que la discusión nos ha procurado un gran aporte y nos ha cambiado. Y con motivo de esta transformación tenemos la certeza de haber hecho algo. En cuanto a mí, me basta con que cada uno experimente que ha sentido sobre sí la influencia del otro.

En las congregaciones benedictinas hay una tendencia permanente a dividirse en dos corrientes opuestas. El Padre Abad de Floris, lo ha notado en diversas reuniones: hay una corriente contemplativa y una corriente activa. Pero para nosotros la gran cosa es que podamos estar reunidos sin que una corriente prevalezca sobre la otra. De esta suerte, los que pertenecen al grupo de los contemplativos y que viven en un mundo muy diferente del de las realidades terrenas, tienen oportunidad de codearse con los que están sumergidos en lo concreto; y los que tienen una concepción más activa de la vida se encuentran con personas que gozan de mayor tiempo para consagrar a la oración. Y así los arbotantes que parecen oponerse sostienen todo el edificio. Es verdad que tal oposición es una debilidad, pero tal debilidad, es, de hecho, una ventaja en la Iglesia de nuestro tiempo. Es muy importante que comprendamos que de nuestra debilidad podemos hacer nuestro medio de salvación. Sí, es muy importante. Hay dos maneras de aceptar la propia flaqueza; la primera es sentirse agobiado por ella hasta el extremo de no hacer nada, de deprimirse y descorazonarse; la otra es empuñar dicha flaqueza, y por causa de ella, llegar a algo. Esto es lo que nosotros debemos hacer: nuestra flaqueza, que nos impide llegar a conclusiones claras nos obliga a continuar, a proseguir, a ni interrumpir el diálogo, y de este modo se llegará por fin a juicios válidos y se obtendrá un resultado. He aquí por qué, a pesar de esta flaqueza que se comprueba en todas partes, incluso tal vez en el seno de los monasterios y en otras sesiones de este tipo, debemos agradecer a Dios por que nos ha brindado esta ocasión para que nos reunamos. Y si a veces nos sentimos un poco desanimados,

deberemos pensar en las grandes etapas que ya hemos cumplido. No soy tan viejo, y sin embargo he comprobado por propia experiencia un enorme progreso en nuestras sesiones benedictinas. El solo hecho de que los participantes sean hombres y mujeres, ¡ya es algo! También que las contemplativas y las hermanas de vida activa dialoguen juntas, ¡ya es mucho! Entonces, hay que dar gracias a Dios por todas estas ocasiones y continuar trabajando en común a pesar de las divergencias enormes que existen entre nosotros. Digo, pues, ¡mejor si hay diferencias! Si no las hubiera, no habría necesidad de dialogar. ¿Para qué servirían, entonces, las reuniones? El hecho de que entre nosotros haya dificultades y divergencias nos proporciona hoy una razón para proseguir el diálogo. Por eso, hoy, estoy muy agradecido a Dios por esta reunión y por todas las divergencias que he encontrado entre vosotros. El Evangelio os permitirá llevar todo ésto a vuestras casas. ¿Habrá que lamentar que se deba discutir tan prolijamente sobre detalles de palabras para la elaboración de las conclusiones? Parecería una pérdida de tiempo. Y tal vez lo sea, no lo sé. Pero lo que ante todo importa no son los documentos que se elaboran: ¡sois vosotros! Como se dijo hoy muy bien, vosotros sois los verdaderos documentos, los documentos vivientes de la reunión que hemos tenido. Y vuestra actitud al regresar a vuestras comunidades y la manera como hagáis conocer lo que habéis vivido aquí son más importantes que todos los documentos. Titubeo en decirlo, pero muy poca gente lee hoy en día los documentos. ¡Hay tantos documentos después de todas las reuniones de este tipo! (yo mismo, recibo cada día un alto así de documentos).

Así, pues, no os sintáis decepcionados por demás, puesto que en la actualidad, los documentos no tienen tanto valor como los de siglos pasados; por el contrario, alegraos más bien por esta oportunidad de cambio que se os ha brindado y porque tenéis una ocasión de transmitir a vuestros hermanos el ambiente y la atmósfera de esta reunión, sin olvidar sus debilidades. Así, poco a poco, iréis transmitiendo algo a vuestros hermanos de suerte que los que no han tenido la ocasión de estar presentes, podrán compartir también las riquezas de esta reunión.